

**FRANCO BAHAMONDE, Francisco.** Ferrol (La Coruña), 4.XII.1892 – Madrid, 20.XI.1975. Generalísimo y jefe del Estado español.

Segundo hijo de los cinco que tuvieron Nicolás Franco y Pilar Bahamonde, descendía de familia hidalga, sirviendo en la Marina aunque no en los puestos de mando de los barcos; invocó siempre su parentesco con los Pardo de Andrade, y con la condesa de Pardo Bazán. Cerrada la Escuela Naval a consecuencia de la crisis de 1898, ingresó, en junio de 1907, en la Academia de Infantería en Toledo. En este momento su padre había abandonado el domicilio conyugal para instalarse en Madrid. El 13 de julio de 1910 fue nombrado segundo teniente con el número 251 de una lista de trescientos diez, siendo destinado a Ferrol, aunque solicitaba pasar a África. En 1911 ingresó en la Adoración Nocturna. Desde entonces su fidelidad al catolicismo se irá acentuando. Al agravarse la situación en Marruecos, en 1912, Franco, con otros oficiales, fue enviado allí. Entró en fuego el 19 de marzo de este año mandando una unidad de regulares. Pronto se hizo famoso por el frío valor que sobre el campo desplegaba. El 13 de junio ascendió a primer teniente. Ganó la Cruz al Mérito Militar en 1913. Su valor en la acción de Beni Salem, en las afueras de Tetuán, le permitió ascender a capitán (1915). Herido en el Biutz, 28 de junio de 1919, en el parte de guerra se le describe como "incomparable valor, dotes de mando y energía desplegada en el combate". Pasó a ser comandante, el más joven de este rango en España.

Destinado a Oviedo, donde conoció a la que fue su mujer, Carmen Polo, tomó parte rutinaria en la represión del intento revolucionario de 1917. José Millán Astray, que estaba organizando la Legión extranjera, reclamó sus servicios para el mando de la primera bandera. Acciones en Xauen y Melilla incrementaron su fama de jefe riguroso y eficaz. Los periódicos madrileños acrecentaron su fama. En 1922, al ser despojado del mando Millán Astray, Franco presentó también su renuncia. Recibió entonces la Medalla Militar y el nombramiento de gentilhombre de Cámara del rey Alfonso XIII. Al morir en combate el nuevo jefe de la Legión, teniente coronel Valenzuela, se ascendió a Franco al grado de teniente coronel para asumir el mando. Al comienzo de la Dictadura tuvo un breve enfrentamiento con Primo de Rivera, no por cuestiones políticas sino porque éste proyectó un repliegue en Marruecos. Hubo pronto una reconciliación y Franco culminó una gran hazaña, retirada de Xauen

en 1924; esto le valió el ascenso a coronel. En calidad de tal desempeñó un papel decisivo en el desembarco en Alhucemas, lo que le valió el ascenso a general —el más joven de Europa— y la amistad con Pétain.

Su nuevo destino fue la Academia General de Zaragoza, que él hubo de organizar. Cuando se proclamó la República (14 de abril de 1931) hizo un cierto alarde de monarquismo, retrasando el cambio de bandera y publicando una nota en el periódico. Pero, a diferencia de otros militares, decidió continuar en el servicio activo con el "firme propósito de respetar y acatar la soberanía nacional". Tras un breve período de vacante recibió el mando de una brigada en La Coruña (1932) permaneciendo al margen de toda actividad política y luego fue encargado de la comandancia militar de Baleares. Entonces se adhirió a la Entente Internacional Anticomunista. Al producirse el cambio electoral de 1933 y luego la revolución de octubre de 1934, Franco fue llamado a Madrid como consejero del ministro, colaborando en la extinción de la revuelta sin tomar parte en las operaciones. Se le ofreció el mando de las tropas españolas en Marruecos y, luego, la Jefatura del Estado Mayor, que ocupó desde el 20 de mayo de 1935 hasta febrero de 1936. Era ya general de división. Al producirse la victoria del Frente Popular hubo de abandonar el puesto pasando a ser capitán general de Canarias.

Los militares que preparaban el alzamiento militar le informaron de sus proyectos, pero él no envió su adhesión hasta después del 23 de junio, en que escribió al ministro una carta a la que éste no respondió. Saliendo de Canarias se encargó del mando del Ejército de África, fuerza principal de los rebeldes y con ella pudo dominar Andalucía y contactar con los núcleos del norte de la Península liberando a los sitiados en el Alcázar de Toledo. El golpe militar se convirtió en Guerra Civil y, muerto Sanjurjo, los miembros de la Junta de Defensa decidieron elegirle como Generalísimo —un grado que en escasas ocasiones se había ostentado—, pero él exigió que al mismo se sumara la Jefatura del Estado y del Gobierno. Montó un régimen autoritario, pero no totalitario, ya que las fuerzas políticas que le apoyaban, Falange, Tradicionalismo y Derecha quedaron unificadas en un Movimiento y sometidas al Estado. Una guerra larga de casi tres años le permitió derrotar a un enemigo que en principio contaba con fuerzas superiores. Para ello, faltando posibles mercados, y contando con la hostilidad de Francia y de Rusia, hubo de establecer estrechos compromisos con Italia y Alemania. Detenido

en Madrid, que mantuvo bloqueada, conquistó toda la cornisa cantábrica, rechazó la ofensiva en Brunete y Belchite, dio la vuelta al éxito inicial republicano en Teruel y así partió en dos la zona que a sí misma se llamaba roja. En este momento comunicó a las potencias europeas —crisis de Múnich— que España iba a permanecer neutral. El 1 de abril de 1939 se convirtió en vencedor. Conquistada Cataluña, el resto de la zona no había podido resistir.

Restaurando la bandera bicolor, anunció desde el primer momento su propósito de que las reformas por él emprendidas desembocasen en la Monarquía, pero sin partidos políticos ni sistema liberal, declarándola, sin embargo, confesionalmente católica. Desde agosto de 1939 el Gabinete provisional de guerra fue sustituido por un Gobierno de acuerdo con la Ley de Administración Central. Abandonó entonces, siguiendo las orientaciones de la Iglesia, el Pacto Antikomintern y al iniciarse la Guerra Mundial en septiembre de 1939 declaró la neutralidad española. Seguramente esperaba que la capacidad militar francesa repitiera la situación de 1914, con un frente estabilizado que dejara a España en retaguardia segura. Las condiciones económicas eran pésimas. Políticamente había dentro del Movimiento un sector importante que trataba de conducir el nuevo régimen hacia el totalitarismo. La admiración despertada por los primeros éxitos alemanes era muy considerable. Más difícil resultaba para Franco vencer las suspicacias de la Santa Sede que temía verle incluido en el ámbito de poder alemán.

En mayo de 1940 se produjo el hundimiento de Francia. Franco pasó de la neutralidad a la no beligerancia. Trataba con ello de ganar tiempo y de evitar riesgos al estar las tropas alemanas en la frontera de Hendaya. Por eso ofreció sus buenos oficios a Pétain para conseguir que se dulcificaran las condiciones del armisticio, especialmente permitiendo al Ejército francés permanecer en Marruecos. Inició además algunas acciones como la destitución de Yagüe, para evitar que se impusieran en el Movimiento los partidarios de Alemania. Hizo que Serrano Suñer viajara a Berlín a fin de tomar contacto directo con el Führer, escuchando de éste la demanda de la llamada operación Fénix que significaba el paso de tropas alemanas por España camino de Gibraltar. Antes de que se produjera el encuentro personal previsto con Hitler (Hendaya, 23 de octubre de 1940) tomó dos medidas: un acuerdo estrecho con Portugal para ayuda recíproca en su no beligerancia, y nombrar a Serrano Suñer ministro de Exteriores con la misión de ganar

tiempo. Esta política dio resultado: en Hendaya no consiguió Hitler un compromiso y en Bertchesgaden (22 y 23 de noviembre) Serrano Suñer consiguió una demora que resultó esencial. Los conflictos en los Balcanes y la URSS obligaron a los alemanes a demorar la operación Félix. España pudo permanecer al margen de la guerra iniciando negociaciones mercantiles con el Reino Unido y Norteamérica. Viajando a Bordighera (febrero de 1941). Franco, que en el viaje de retorno se entrevistó con Pétain, dejó claro que no era su intención intervenir en la contienda.

Los aliados mostraron desconfianza y hostilidad considerando que el Régimen español era semejante a los de Alemania e Italia. En mayo de 1941 Franco hizo el primer viraje nombrando a Valentín Galarza ministro de la Gobernación, destituyendo a aquellos altos cargos germanófilos y buscando la colaboración de Luis Carrero Blanco, un marino profundamente católico y partidario también de restaurar la Monarquía. Hubo una resistencia, en Falange, que fue fácilmente superada. Al mismo tiempo Serrano Suñer, que seguía ostentando la cartera de Asuntos Exteriores, lograba un acuerdo con la Santa Sede aceptando el procedimiento llamado de seisenas para los nombramientos episcopales. La compensación a Alemania —envío de voluntarios al frente soviético— permitía, además, alejar a algunos de los más ardorosos partidarios del Reich. Al mismo tiempo, por medio del duque de Alba, embajador en Londres, buscaba un acercamiento a Churchill y abría las fronteras a los fugitivos procedentes de Europa, incluyendo judíos.

La entrada en guerra de Estados Unidos le permitió gestos de simpatía hacia Filipinas e Iberoamérica contra Japón, al tiempo que reforzaba el bloque ibérico con Salazar. En agosto de 1942, al producirse un atentado falangista en Begoña (Bilbao), Carrero pudo conseguir que Franco despidiera a Serrano Suñer que fue sustituido por el conde de Jordana. De este modo se iniciaba el retorno a la neutralidad. Así, en noviembre de este año, al producirse el desembarco en Marruecos, Franco recibió una carta personal del presidente Roosevelt garantizándole que nada tenía que temer España. En varias ocasiones el Generalísimo manifestó su opinión de que a él convenía que las hostilidades concluyeran en una paz negociada. En 1943 capituló ante los aliados retirando la División Azul y ajustando el comercio español a las condiciones que éstos le impusieron. Algunos grupos monárquicos comenzaron a presionar para que, abandonando la Jefatura del Estado, cumpliera sus

promesas de restauración de la Monarquía. A esto se negó: sostenía que la Monarquía debía ser continuadora y no sustitutiva del Régimen. El conde de Barcelona don Juan de Borbón, instalado en Suiza, se consideraba como la alternativa que los aliados podían aceptar.

A punto de concluir la Guerra en Europa, el 2 de marzo de 1945, don Juan publicaba el llamado Manifiesto de Lausanne, denunciando el Régimen español como hechura del Eje y proponiéndose como Rey para lograr la reconciliación entre españoles. Al mismo tiempo, los partidos republicanos en el exilio reclamaban de los aliados la eliminación de Franco. Algunas partidas de guerrilleros organizadas en Francia trataron de provocar un alzamiento pero fueron rechazadas. Siguieron atentados y pequeñas luchas en el interior.

En la conferencia de Postdam, Churchill, Attlee y Truman evitaron que se decidiera una intervención transfiriendo a la ONU la decisión. Franco inició entonces un nuevo giro en su política, llamando a Alberto Martín Artajo a la cartera de Exteriores y entrevistándose con el cardenal Spellman, un día antes de que, el 4 de marzo de 1946, los aliados presentaran la nota tripartita reclamando el cambio de Régimen. Franco, que sabía de las relaciones entre Rusia y los anglosajones, no atendió la recomendación ni se dejó influir por el acuerdo de la ONU que el 1 de junio de 1946 declaró a España peligro potencial solicitando la retirada de los embajadores.

El enfrentamiento entre Rusia y Estados Unidos, cada vez más grave, y la imposibilidad de un frente único contra Franco en el interior, como don Juan recomendaba, permitieron a éste alcanzar la victoria. Norteamérica, que deseaba desde luego una evolución hacia la democracia, escogió el camino lento, de lograr la transformación desde dentro. El Generalísimo respondió positivamente haciendo aprobar por referéndum (6 de junio de 1947) una Ley de Sucesión que declaraba a España como Reino y refiriéndose a él como una democracia orgánica sin partidos. Don Juan rechazó esta política: instalado en Estoril allí publicó un nuevo manifiesto. Pero el 25 de agosto de 1948 se logró una aparente reconciliación, al entrevistarse Franco y don Juan a bordo del yate *Azor*, acordándose que el primogénito don Juan Carlos, futuro Rey, se educara en España. Desde noviembre de 1950, anulado el veto de la ONU, la legitimidad del Régimen español fue reconocida. El impacto de la guerra de Corea, comienzo de un enfrentamiento, y

el apoyo decidido de la Iglesia, prestaron a Franco los apoyos que éste necesitaba

Se imprimió desde este momento un giro a la política exterior española, antes vinculada estrechamente a Francia e Inglaterra. Misiones militares y políticas norteamericanas descubrieron en Franco un jefe de Estado con quien se podía contar. Al mismo tiempo Martín Artajo, miembro importante de la ACNDP (Acción Católica Nacional de Propagandistas), fortalecía los lazos con la Santa Sede. De modo que en 1953 Franco consiguió dos grandes éxitos: un concordato con la Santa Sede, que garantizaba una tolerancia religiosa más amplia hacia judíos y protestantes, y un acuerdo de cooperación con Estados Unidos que permitía el establecimiento de tropas y aportaciones sustanciales en dólares. Franco se sumó entonces a la política de descolonización, preparando la retirada de Marruecos, Ifni, Guinea y el Sáhara, que le ocuparía muchos años, prácticamente hasta el fin de su Gobierno.

Pero la independencia de Marruecos, en 1956, significó para el Generalísimo una decepción y también un fracaso. Había permanecido al lado de Mohammed V cuando los franceses pretendieron sustituirle y ahora el Sultán, por razones diversas, se mostraba enemigo de España, incumpliendo los tratados firmados y reclamando más territorios de los que correspondían al espacio marroquí. Ese año, por tanto, en que España entró en la ONU y alcanzó plena legitimidad internacional, fue, para Franco, un momento de fracaso. Por otra parte, en los medios falangistas se advertía una reacción contraria a la evolución del Régimen que tendía a institucionalizarse apartándose de los principios del nacional-sindicalismo. Graves incidentes tuvieron lugar en febrero de este año, obligando a Franco a relevar a Raimundo Fernández Cuesta, ministro del Movimiento, y a Joaquín Ruiz Giménez, de Educación.

Arrese, que sustituyó a Fernández Cuesta, lanzó entonces la idea de establecer un sistema constitucional que diese al Movimiento (FET de las JONS) carácter de partido único para la dirección del Estado. Todos los ministros, sin excepción, manifestaron su oposición y los tres cardenales españoles, siguiendo instrucciones de Roma, rechazaron el proyecto considerándolo totalitario. Franco que evitó pronunciarse, hubo de pedir a Arrese que dimitiera, pasándolo al Ministerio de Vivienda, y puso su confianza en Carrero Blanco: el camino era hacia una Monarquía social y representativa, sin partidos políticos en que la

familia, el municipio y el sindicato fuesen los canales para la selección de los procuradores en Cortes.

Carrero se rodeó de personas de confianza, entre los que figuraban algunos miembros del Opus Dei, el más importante Laureano López Rodó, catedrático de Derecho. Ellos propusieron, y Franco acabó aceptando, una reforma económica que abriese los mercados españoles a la libre iniciativa y un proceso constituyente en tres etapas: Ley de Administración Civil, promulgación de Principios del Movimiento y Ley Orgánica del Estado. La reforma económica implicaba el establecimiento de un Plan de Estabilización, que Franco rechazaba porque temía su incidencia en el desempleo, pero acabó rindiéndose ante los argumentos de Mariano Navarro Rubio. Comenzaba, en 1958, un repliegue del Generalísimo a ciertos aspectos del poder, dejando a sus ministros la libre iniciativa. El 1 de abril de 1959 Franco presidió los actos de inauguración del Valle de los Caídos, gigantesco monumento funerario en que esperaba se albergasen cenizas de los muertos en uno y otro bando. Un año antes, el 17 de mayo de 1958 había promulgado la Ley de Principios del Movimiento, que dibujaba el nuevo orden constitucional: doce axiomas entre los que figuraban la confesionalidad católica y la unidad indisoluble de España, serían base inalterable para la nueva Constitución.

Franco había tomado claramente una decisión: don Juan Carlos, y no su padre, sería el futuro Rey. El 29 de marzo de 1960 volvió a reunirse en Las Cabezas con el conde de Barcelona, que no consiguió su objetivo fundamental, entrar en negociaciones para la transmisión de poderes, y admitió, en cambio, el plan que le fue propuesto para la educación del príncipe que, superados los primeros grados de enseñanza, comenzaba a entrar en contacto con la sociedad española. Hacía muy poco tiempo (diciembre de 1959) que el presidente Eisenhower había estado en Madrid, en un grado tal de intimidación con el Generalísimo que podía entenderse que los Estados Unidos apoyaban esta nueva vía. Franco pudo celebrar en 1961 los veinticinco años de su Gobierno (1961) como si se tratara de una serie de éxitos. En esta situación el atentado o accidente que el 24 de diciembre de este año sufrió en los montes de El Pardo careció de repercusiones.

Franco dio luz verde a sus ministros para que emprendiesen la negociación para que España entrara en el Mercado Común. Sin embargo, muchos sectores que se declaraban monárquicos, fieles a la persona

del conde de Barcelona, decidieron montar una operación que descalificara al Régimen ante Europa haciendo imposible la continuidad. Aprovecharon para ello el Congreso del Movimiento Europeo convocado para el 5 de junio de 1962 en Múnich. Ciento dieciséis españoles exiliados y procedentes del interior se reunieron para redactar una especie de Manifiesto: España no debería ser admitida en Europa hasta que hubiese cambiado su Régimen. El Gobierno reaccionó con dureza, desterrando, confinando o prohibiendo la entrada en España a los que asistieran, pero Franco, que el 9 de julio recibió a tres comisionados del Movimiento Europeo, les aseguró que España, cuando llegara el momento de ingresar en la Comunidad, no antes, cumpliría las condiciones políticas que se le señalasen.

Franco, que había acogido con satisfacción la boda de don Juan Carlos y doña Sofía (Atenas, 14 de mayo de 1962), aunque no había sido consultado previamente, influyó para que el matrimonio se instalara en Madrid, en el palacio de la Zarzuela, cercano a El Pardo, a fin de mantener contactos. No hay noticia, sin embargo, de que impusiera condiciones políticas a los jóvenes príncipes. Concluido el período de la estabilización, puso en marcha en 1963 el Plan de Desarrollo que, en pocos años, colocaría a España en el séptimo puesto en la escala económica mundial. Confirmados los acuerdos con Estados Unidos, superando de este modo el período de frialdad que marcara el comienzo de la presidencia de John F. Kennedy, Franco suprimió las leyes arcaicas, sustituyendo las Cortes marciales por un Tribunal de Orden Público, dejando en olvido las Leyes contra el Comunismo y la Masonería y promulgando nuevas disposiciones acerca de la Libertad de Prensa y de la Religiosa, acordes con la situación europea. Logró que la ONU aprobara su plan de descolonización —entrega de Ifni a Marruecos, independencia de Guinea, referéndum en el Sáhara— y recomendara al Reino Unido una negociación para la restitución de Gibraltar a España. Ello no obstante, Franco tenía que registrar como aspectos desfavorables la nueva línea adoptada por la Iglesia tras el Concilio Vaticano II, que reputaba como no deseable la confesionalidad del Estado, y el incremento de la oposición interior, especialmente visible en los desórdenes que registraron las Universidades.

Cuando, en agosto de 1965, el presidente Johnson invitó a Franco a participar en la Guerra de Vietnam, éste demostró su capacidad militar recomendándole salir de una guerra que no podía ganar: los ejércitos

modernos son impotentes frente a la voluntad de un pueblo que se expresa en las guerrillas. El 8 de diciembre de ese mismo año se clausuraba el Concilio Vaticano II y a continuación se constituía la Conferencia Episcopal, que recibía del Vaticano especiales instrucciones para iniciar un despegue del Régimen, cuyo fin se percibía. En esta situación, el equipo de Carrero Blanco forzó la marcha para conseguir culminar la que llamaban "operación Príncipe", es decir, el reconocimiento oficial de don Juan Carlos como sucesor. El 5 de marzo de 1966 don Juan Carlos pudo comprender, en una entrevista con el Generalísimo, que la decisión a su favor estaba tomada. Contra lo que Franco esperaba, don Juan no dio muestra de ceder sus derechos a su hijo, de modo que se enfrentó ante una difícil disyuntiva: el hijo aceptaba, el padre negaba la colaboración con el Régimen.

El 22 de noviembre de 1966 Franco presentó ante las Cortes la Ley Orgánica del Estado, que fue aprobada en referéndum por una mayoría muy considerable. El Régimen se daba a sí mismo una Constitución, que Franco consideró como un éxito personal. España era un reino, con un Gobierno nombrado por el jefe del Estado —Rey en el futuro— que contaría con el asesoramiento de un Consejo del reino y con dos Cámaras. Carrero Blanco fue nombrado vicepresidente, a la espera de asumir la presidencia, en 1967. Cuando el 30 de enero de 1968 doña Sofía dio a luz a un hijo varón, Franco hizo que la ceremonia del bautizo se convirtiera en afirmación de sus proyectos. La reina Victoria Eugenia, que asistió al evento, le instó a que designara ya el sucesor. Él lo hizo el 15 de enero de 1969 cuando comunicó a don Juan Carlos, privadamente, que la decisión estaba tomada. Retrasada a causa del estado de excepción que los primeros asesinatos de ETA obligaron a declarar, la investidura tuvo lugar el 22 de julio de este año ante las Cortes. Franco insistió en que se habían cumplido las condiciones de legitimidad, referéndum y acuerdo en Cortes. Ejecutado entonces el plan descolonizador con la entrega de Ifni, el reconocimiento del Estado guineano y el anuncio de referéndum en el Sáhara, que Marruecos impediría, Franco impulsó al príncipe de España, título que oficialmente asumiera, a que viajara por España poniéndose en contacto con las Instituciones, aprendiendo el oficio de reinar. Tuvo que enfrentarse con dos serias dificultades, el crecimiento de la resistencia interior y la demanda del Vaticano para que, sin modificar el concordato, se aceptara el nombramiento directo. Franco se negó a la renuncia unila-

teral: siendo el concordato ley pactada y aprobada en las Cortes, podía ser sustituido pero mediante nueva negociación.

En junio de 1973, cumpliendo la Ley Orgánica, Franco se redujo a ser jefe de Estado encargando a Carrero la creación de un Gobierno. Los tecnócratas fueron prácticamente eliminados, con la sola excepción de López Rodó. Desde entonces las intervenciones de Franco en política se orientaron a algunos puntos concretos, como la política exterior y las relaciones con el Vaticano, evitando que se ahondaran tensiones. Carrero murió asesinado por ETA el 20 de diciembre del mismo año creándose un vacío que Franco intentó llenar encomendando el Gobierno a Carlos Arias Navarro, el cual ensayó un retorno a los esquemas iniciales del Régimen, acomodándolos a las nuevas circunstancias que exigían el reconocimiento de asociaciones o partidos. La salud de Franco, a causa de la enfermedad de Parkinson, declinaba visiblemente. Su vida se extinguió el 20 de noviembre de 1975 dejando un breve testamento que invitaba a los españoles a cerrar filas en torno al Rey.

**OBRAS DE ~:** J. DE ANDRADE (seud.) (guión), *Raza. Anecdotario para el guión de una película*, Madrid, Silverio Aguirre, 1942; *Masonería*, Madrid, gráf. Valera, 1952; *Diario de una bandera*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1956.

**BIBL.:** J. ARRARÁS, *Franco*, San Sebastián, Librería Internacional, 1937; C. L. CLARK, *The evolution of the Franco regime*, Washington, 1954; S. F. A. COLLS, *Franco of Spain*, London Neville Spearman, 1955; L. GALINSOGA y C. FRANCO SALGADO-ARAUJO, *Centinela de Occidente*, Barcelona, Ahr, 1956; F. SALVA MIQUEL, *Franco, historia de un español*, Barcelona, Ediciones Generales, 1959; R. BENÍTEZ CLAROS, *Francisco Franco*, Madrid, 1964; L. RAMÍREZ (pseud. de Luciano Rincón), *Francisco Franco, Historia de un mesianismo*, París, Ruedo Ibérico, 1964; C. MARTÍN, *Franco, soldado y estadista*, Madrid, Fermín Uriarte, 1966; G. HILLS, *Franco, el hombre y su nación*, Madrid, San Martín, 1968; S. G. PAYNE, *Franco's Spain*, New York, Thomas Y. Crowell, 1968; B. CROZIER, *Franco, historia y biografía*, Madrid, Editorial Magisterio Español, 1969; M. GALLO, *Histoire de l'Espagne franquiste*, Verviers, Gérard & C.º, 1969; J. GEORGEL, *Le franquisme: histoire et bilan. 1939-1969*, Paris, Seuil, 1970; J. W. D. THRYTHALL, *El Caudillo: a political biography of Franco*, New York, McGraw-Hill, 1970; R. DE LA CIERVA, *Francisco Franco, un siglo de España*, Madrid, Editora Nacional, 1972; H. G. DAHMS, *Francisco Franco, soldat und Staatschef*, Zürich, Musterschmidt Göttingen, 1972; E. DE BLAYE, *Franco où la Monarchie sans Roi*, Paris, Stock, 1974; G. HILLS, *Monarquía, república, franquismo*, Madrid, San Martín, 1975; J. AMODIA, *Franco's Political Legacy: from dictatorship to facade democracy*, London, Allen Lane, 1977; J. M. FONTANA, *Franco, radiografía del personaje para sus contemporáneos*, Barcelona,